



**Q**UE haya un cadáver más, qué importa al mundo! ha dicho un poeta descreído en una conocida composición fantástica.

¡Que haya un cadáver más, importa mucho al mundo, cuando ese cadáver es el de un hombre que tenía consagrada su existencia entera al servicio de la humanidad, y su gigante inteligencia al progreso de la ciencia!

¡Que haya un cadáver más, importa mucho al mundo, cuando al extinguirse el movimiento vital que animaba su excepcional cerebro, se extingue también el fanal que alumbraba nuestros pasos en el escabroso sendero de la práctica y de la aplicación; cuando al cegarse la fuente de aquella inmensa inteligencia, se cegó para siempre el raudal de fecunda ciencia en que tantas veces hemos apagado nuestra devoradora sed, sin temor de agotarlo, y que fertilizaba con su abundante riego la medicina mexicana! Cuando al cesar los latidos de aquel corazón sincero y enérgico, la amistad perdió uno de sus más dignos modelos, la caridad uno de sus más ardientes apóstoles, la familia su único y voluntario apoyo; cuando al cerrarse para siempre aquellos labios de que brotaba una palabra fácil y precisa, en la que la claridad rivalizaba con la profundidad, y ésta con la oportunidad, la Escuela de Medicina perdió uno de sus más insignes profesores, y los médicos prácticos uno de sus más acertados guías y uno de sus más autorizados consejeros!

¡Que haya un cadáver más atañe mucho al mundo, cuando ese cadáver es el de MIGUEL F. JIMENEZ!

El pueblo de Amozoc del Estado de Puebla fué la cuna de este ilustre campeón de la ciencia. El 10 de Octubre de 1813 vió la luz por primera vez en el seno de una familia de escaso bienestar, pero de notoria honradez. Los primeros años de su vida nada ofrecen de notable sino el empeño del señor su padre por procurarle una educación que corres-

pondiese á la precoz y despejada inteligencia de que dió evidentes muestras desde su más tierna edad. No prestándose los recursos de la población á satisfacer tan justa pretension de su padre, éste se encargó por sí mismo de esta tarea, robando no poco tiempo al que tenia que consagrar á su descanso y á sus medios de subsistencia. Concluida su instruccion primaria se presentaron algunas dificultades para que Jimenez pudiese comenzar su carrera profesional, hasta que en 1830, despues de la muerte de su digno padre, pudo comenzar el estudio del idioma latino, primero en Tasco, con el apoyo y al lado de su hermano mayor, eminente juriconsulto, luego en Toluca, y por último en México. A pesar de estos frecuentes cambios de escuela y de profesor á que se vió obligado por exigirlo así las ocupaciones profesionales de su hermano José María, quien como hemos dicho era en aquella época su único sosten, nuestro futuro profesor se distinguia en todas partes por su notorio aprovechamiento: por último, al lado del profesor Cobos concluyó en México sus estudios de latinidad, en cuyo idioma adquirió una instruccion poco comun, segun tuvo ocasion de demostrarlo en el brillante exámen que sustentó en el Seminario Conciliar de esta capital, para poder ser admitido en él á cursar filosofía. En Octubre de 1831 comenzó en efecto el curso de artes, y en cada uno de los tres años, que conforme á los institutos debian durar esos estudios, sustentó los primeros actos públicos de las materias correspondientes, captándose siempre el aprecio de sus maestros, por su constante aplicacion y notable aprovechamiento.

El colegio Seminario ha guardado siempre gratos é indelebles recuerdos de tan aventajado alumno, y la Sociedad Seminarista lo distinguió con el nombramiento de Presidente, y se apresuró á inscribirlo entre sus primeros miembros fundadores, en recuerdo de sus méritos escolásticos.

En 1834 pasó á estudiar Medicina al *Establecimiento de Ciencias Médicas*, único plantel de los creados por el plan de 1833, que sobrevivió despues del movimiento reaccionario que destruyó todos los otros.

El sabio, el laborioso y el virtuoso Jimenez, fué, pues, uno de los primeros frutos de aquella Escuela, que los enemigos del progreso persiguieron por tantos años con las armas de la calumnia, presentándola como una centina de vicios, como un seminario de inmoralidad, y como una inmundia cloaca de escándalo y de prostitucion; de aquel establecimiento que no pudo sobrenadar en medio del inmenso vórtice de retroceso que se tragó á todos los otros, sino luchando con la absoluta ca-

rencia de recursos pecuniarios, con la falta muchas veces hasta de local en que poder dar las lecciones, y con todo linaje de calumnias.

El gran crimen de la Escuela de Medicina, como se la llamó despues, era que en ella se hacian por la primera vez en México los estudios prácticos de anatomía, de operaciones y de clínica. ¡Fatal destino de las instituciones humanas, que no pueden alcanzar ni una sola mejora de importancia sin tener que sufrir la persecucion y la calumnia! El que no quiera pasar por esta prueba debe renunciar á todo progreso y á toda reforma. La de inmoralidad es la más fácil de todas las calumnias, porque es la más elástica, la que ménos pruebas exige, y la que se presta más difícilmente á una justificacion completa! Todas las reformas y todos los reformadores, ántes y despues de Sócrates y de Cristo, han sido tratados de la propia manera y calumniados en la misma forma!

Los estudios prácticos de la Medicina no podian escapar al habitual reproche de inmoralidad, y no escaparon en efecto: todavía en esos últimos dias la clínica tocológica no ha podido por fin establecerse, para completar, despues de tantos años, el estudio práctico de las enfermedades, sin sufrir los tiros alevosos de esta arma emponzoñada, cuyos fillos no han podido embotarse á pesar de su continuo empleo. Por fortuna las heridas de esa fea hidra, si con frecuencia son mortales para los reformadores, no lo son para las reformas; éstas sobreviven, convalescen, se arraigan y fructifican, cuando satisfacen una necesidad real. ¡La anatomía y las clínicas se arraigaron por fin!

En ese género de *inmoralidad* se distinguió siempre Miguel Jimenez por su ardor y su constancia. No bien habia abandonado los bancos de la Escuela, en la que habia dejado una estela luminosa, obteniendo siempre los mejores puestos y las primeras distinciones, cuando fué llamado á suplir una de esas perseguidas clases prácticas por las que siempre se le conoció una decidida predileccion.

El 6 de Setiembre de 1838, obtuvo el título de Médico-cirujano, y mes y medio despues era nombrado *adjunto* de la Escuela, á propuesta unánime de los profesores que acababan de ser sus maestros. En el mes de Diciembre del mismo año, fué llamado á servir interinamente la clase de anatomía, que desempeñó con singular acierto miéntras duró la ausencia del catedrático propietario. La destreza y profundo conocimiento de la organizacion de que dió evidentes pruebas en el tiempo que duró esa suplencia, hicieron que cuando en 1841 se creó la plaza de Prosector de Anatomía, y cuando la impericia de la primera persona nombrada para desempeñar este difícil cargo, obligó á pensar en una que

prestase plenas garantías, desde luego se fijaron en él todas las miradas, y fué propuesto para dicho cargo, que desempeñó á satisfaccion de todos y muy particularmente del exigentísimo cuanto entendido catedrático D. Manuel Andrade. Pero ántes de obtener esta plaza en propiedad, ya habia servido como sustituto del distinguido profesor Villa, la clase de Patología interna, desde Julio de 1839, en cuyo puesto permaneció casi continuamente hasta que entró á desempeñar las labores de prosector.

En 1845, las frecuentes indisposiciones del profesor de clínica interna, perjudicaban de un modo tan notable la instruccion de los alumnos, que se hizo forzoso concederle la licencia que solicitó, y la opinion de la junta de catedráticos, y la de la Escuela entera, designó á Jimenez para este honroso cuanto difícil y espinoso cargo.

Desde entónces data la Era de la espléndida trayectoria de nuestro insigne profesor y de nuestro inolvidable maestro. Allí era donde lo llamaba su vocacion: allí era donde su incansable laboriosidad, su inmensa y sólida instruccion, su singular penetracion, adunada á una admirable rectitud de juicio, y por último, su ardiente amor á la ciencia y su perfecta y cabal sinceridad y buena fe, que no le permitian jamás ocultar un error, descubriendo él mismo con una lealtad ejemplar los que la impericia de los discipulos habria podido dejar ignorados, sacando así igual, y aun á veces mayor provecho para la instruccion de sus rarísimos errores, como de sus frecuentes aciertos: allí, en el campo de la clínica, á la cabecera de los enfermos, y brazo á brazo con las dificultades del arte, era adonde sus brillantes dotes, entre las que descollaba cual gigantesco eucalipto un severo método de investigacion y de apreciacion, á la vez que una amplitud de miras, y una fecundidad de concepciones para enlazar los fenómenos que la observacion le hacia descubrir, y que más incongruentes podian parecer, allí era, repito, en donde esas brillantes dotes debian encontrar un vasto campo de aplicaciones, asegurándole una corona de inmarcesible gloria, y de eterna gratitud y admiracion de cuantos tuvimos la honrosa satisfaccion de tenerlo por guía, de llamarlo MAESTRO.

No era fácil suponer sin ser testigo de ello; no era casi posible llegar á creer, al verlo tan rehacio y tan intransigente en ciertas teorías sociales, qué amplitud y qué liberalidad de miras; qué independenciam absoluta de toda idea ontológica y de toda traba teológica existia siempre en su mente como clínico: jamás en sus discursos, ni en la exposicion de sus doctrinas, ni en los fundamentos de sus juicios, se mezclaban ni entidades imaginarias, ni concepciones metafísicas, destinadas

á disimular bajo la apariencia de una mentida explicacion, una ignorancia real; no se veían invocadas en sus lecciones otra cosa sino las leyes reales de los fenómenos patológicos, tales como la observacion las habia mostrado, ya á él mismo ya á otros, pero puras de toda fantástica personificacion que pudiese entorpecer el libre curso de sus ideas para encontrar la concepcion más propia á satisfacer las exigencias del caso y allanar las dificultades de la práctica. Nadie habria podido sospechar en aquella lógica positiva y vigorosa, á la par que fecunda y severa, en aquel andar libre y seguro en el terreno de la patología y de la terapéutica, en el que así discutía y sometía al crisol de su lógica inflexible y de su fisiología positiva las modificaciones somáticas que podian ser la causa de alteraciones psicológicas, como las que podian haber determinado un trastorno de la digestion, ó como pudieran estudiarse y discutirse las condiciones de una fractura: nadie habria podido adivinar que pudiera haber un resto de su educacion ontológica, en el que á la cabecera del enfermo no tenia dos pesos y dos medidas; no conocia sino un solo método para tratar todas las cuestiones: el de *considerar las alteraciones de la funcion como un resultado necesario de las condiciones en que se verifica, y de las leyes fundamentales é invariables á que está sujeta*, ya se trate de las más nobles, ya de las más groseras de estas funciones: nadie podria haber supuesto por sus lecciones clínicas, ni por sus escritos médicos, ni por las consultas y juntas á las que su inmensa reputacion lo conducia diariamente, un solo átomo en su mente de añeja filosofia; y sin embargo, lo contrario es lo cierto: la lógica del eminente profesor no habia podido penetrar á otros dominios: el espíritu comentarista y dogmático del alumno del Seminario, que se propone deducir de ciertos textos tradicionales, todas sus reglas de conducta práctica, sin querer introducir ningun dato nuevo, existia todavía latente, ó mejor, confinado en ciertas limitadas regiones de aquella mente, por fortuna muy poco visitadas en la vida habitual del insigne patologista.

No será allí donde nosotros le sigamos, no es por ese terreno por donde pertenece á la Historia: ésta le immortalizará como Profesor y como Médico; sus virtudes prácticas formarán el remate de su gloria; sus opiniones sobre otros puntos no atañen sino á él. . . . . Tal es la ley de la inmortalidad histórica. Ella, semejante al crisol sometido al fuego de la mufia, purifica los preciosos metales, dejando evaporar y perder lo que no tiene importancia, y conservando el valioso residuo.

En Diciembre de 1849 se abrió un concurso para proveer la cátedra

de patología interna: Jimenez vió así por la primera vez abierta la puerta para entrar á la Escuela como preparatorio; se inscribió desde luego como candidato, y segun era de esperarse, la obtuvo por unanimidad; pues las pruebas del concurso no hicieron sino confirmar á todos en el altísimo concepto que de su instruccion y capacidad tenian ya formado.

Muy poco tiempo despues, una permuta hecha con el profesor de clínica interna, le permitió volver á ocupar el puesto adonde habia prestado ya tan eminentes servicios, y adonde su inclinacion y sus excepcionales aptitudes le llamaban.

En él permaneció hasta su deplorable muerte, con excepcion de unos cuantos meses, durante los cuales se vió separado de sus alumnos por una pueril medida de circunstancias, que ni la conveniencia ni la necesidad justifican, y que vino á hacer estallar el conflicto entre las dos lógicas incompatibles que existian, segun hemos indicado, en el fondo de aquella inmensa inteligencia, sojuzgada, en ciertos dominios, por los hábitos y la asociacion de ideas de una primera educacion, conflicto que la noble energia de su carácter debia forzosamente exagerar.

Los escritos con que enriqueció á la ciencia fueron muchos: todos ellos marcados con el sello de la filosofia que bebió en el estudio de los hechos y de las ciencias de observacion, todos ellos de un carácter esencialmente práctico y positivo sin mezcla de dogmatismo ni de rutina.

Un estudio minucioso y concienzudo sobre la fiebre exantemática de México, á la que conservó el nombre vulgar de *tabardillo*, fué el resultado de un gran número de observaciones, que comenzó á recoger y á analizar desde su entrada, como director de una sala en el hospital de San Juan de Dios, y que continuó en su clase de clínica. Los *Apuntes para la historia de la fiebre petequial ó tabardillo, que reina en México*, serán siempre un modelo de perfecta sinceridad científica y del método de observacion pura. Desde entónces (1846), es cuando data el conocimiento en México de este terrible azote en todos sus detalles y consecuencias, así como en las analogías y diferencias que tiene con la fiebre tifoidea descrita por Louis en Francia.

Las afecciones del hígado, y muy especialmente los abscesos, tan frecuentes entre nosotros, fueron el objeto predilecto de sus estudios: en su diagnóstico y pronóstico adquirió una admirable pericia: él fué el primero que demostró con hechos bien observados, que una terminacion de los abscesos hepáticos, que los europeos, *à priori* sin duda, habian declarado ser la más peligrosa, lo era sin embargo mucho ménos que

las otras: la comunicacion del foco purulento con los bronquios al traves del peritonéo, del diafragma, de la pleura y del tejido mismo del pulmon, es en efecto un conjunto de lesiones que, á primera vista, debian hacer suponer como necesaria una terminacion funesta: la experiencia acreditó, sin embargo, lo contrario. Jimenez, partiendo de este dato, resolvió con una sagacidad y con una fuerza de raciocinio y de induccion, que no serán jamás superadas, el gran problema del tiempo y forma en que deben abrirse los abscesos de hígado: problema que por su importancia habia ejercitado por mucho tiempo en vano la penetracion de los médicos de todas las partes del mundo. Los numerosos éxitos obtenidos diariamente con ese método, y las víclinas arrancadas sin cesar por él á las garras de la muerte, forman la aureola brillante de su invento: porque él no fué el producto de un encuentro afortunado, que pudiera haber incumbido al primer transeunte, sino el producto y la creacion del genio, que supo buscar y encontrar las verdaderas condiciones de un problema inmensamente complicado, y satisfacerlas de un modo tan cabal como inesperado.

¡Porqué funesta fatalidad el insigne benefactor de la humanidad, cuyos restos vamos hoy á sepultar, no encontró en otro progreso semejante al que él realizó, el alivio y la curacion de sus crueles padecimientos! ¡Porqué el *epitelioma*, ese terrible testigo de las infinitas imperfecciones de nuestro mundo, que la Providencia humana tiene sin cesar que corregir, no ha encontrado aún á su paso un Jimenez que tronchase en sus propias manos la guadaña de la muerte! *El Cáncer es incurable*, responderá alguno con resignacion. ¡El Cáncer es incurable! Esa es precisamente la ignominia del arte: esa es la fatal consecuencia de una ciencia que tanto tiempo ha perdido en perseguir fantasmas y entidades en donde solo habia *leyes y condiciones*! El Cáncer es incurable: porque habeis esperado á que la casualidad os traiga á las manos el específico que debe extirpar del organismo esa *entidad morbosa* que os habiais forjado en la imaginacion, en vez de estudiar como Jimenez, las condiciones reales de que el éxito depende! . . . Nadie me podrá hoy persuadir de que la ley que quiere que cuando unas cuantas celdillas del último y más grosero de los tejidos animales, comienzan bajo la influencia de causas más ó ménos desconocidas, á reproducirse y proliferar en demasía, á invadir los tejidos vecinos y á sufrir la necesaria regresion grasosa, este trabajo se continúe por fuerza indefinidamente; nadie me podrá persuadir, repito, de que esto sea una ley última de la naturaleza, como la de la gravitacion, fatal é inflexible como la sucesion del dia y de la noche, que el hombre

no puede ni impedir ni variar. La ciencia ha puesto ya la cuestion en su verdadero terreno, la solucion vendrá; ¿pero entretanto? . . . . . Entretanto, es preciso que el dolor de una irreparable pérdida no nos induzca á hacer á la ciencia y al arte cargos que excedan de lo justo. Él ha decidido ya, guiado por los sanos métodos, en qué casos la ablacion total es seguida de curacion. ¿Mas donde la ablacion es hoy imposible, donde el cuchillo del cirujano no alcanza? . . . El Cáncer es aún incurable! ¡Ved allí, en ese lúgubre féretro una cruel é irrefragable prueba!

Yo no emprenderé aquí el análisis de todos los trabajos científicos del Profesor cuya pérdida deploramos; ellos se encuentran consignados en casi todas las páginas de la Gaceta y de los demás periódicos de Medicina, ya sea por su propia pluma, ya por la de sus discípulos: todos más ó ménos directamente emanaban de su enseñanza clínica, que fué siempre un venero inagotable de ideas fecundas y prácticas.

Él fué quien vulgarizó en México y aun perfeccionó la auscultacion y la percusion para la exploracion de los enfermos, y en general todos los medios físicos de investigacion.

Por esos medios, en los que adquirió una destreza proverbial, el diagnóstico de las enfermedades de las pleuras y de las vías respiratorias, llegaron en él á una precision matemática, pudiendo decirse que las paredes del tórax eran transparentes para él.

En el tratamiento de la embolia intestinal, Jimenez, con su habitual perspicacia, ha sabido comprender la funesta influencia que el dolor, aunque simple consecuencia, al parecer, del mal principal, tiene sobre la marcha de éste, por las contracciones tumultuosas que suscita por accion refleja, en vez de los graduales y sucesivos movimientos peristálticos que serian de desearse. Consecuente con esta análisis de dinámica patológica, estableció como primera indicacion del tratamiento del ileus, la aplicacion prolongada del heróico anestésico del siglo, rompiendo así el gastado carril del rutinero dogmatismo, y demostrando con sus brillantes éxitos, que la pretendida sabiduria de la Naturaleza es una pura fantasia, que si á veces parece estar de acuerdo con los hechos, otras está en completa oposicion con ellos; y que en la Medicina, como en las demas artes, las condiciones espontáneas de los hechos, unas veces son favorables y otras adversas á nuestros deseos, deduciéndose racionalmente de aquí el precepto de favorecer las primeras y de combatir las segundas; pero sin que esto autorice de ningun modo, la infantil y cándida suposicion de una solicitud providencial, ó de una hostilidad intencional de la Naturaleza.

Todas las academias, todas las corporaciones científicas de la capital y de la República entera, se apresuraban á tener la honra de contarle entre sus miembros, así como tambien algunas del extranjero, y todas sacaban copioso y sólido fruto de esa adquisicion.

A sus brillantes cualidades intelectuales, unia Jimenez una cabal pureza de intenciones, un deseo ardiente por el progreso de la Medicina, su idolo predilecto; por la felicidad de su patria, á la que amaba hasta el delirio, hasta el extravío; una inquebrantable energia de carácter, un vigor moral á toda prueba, del cual las dió inconcusas en su última terrible enfermedad; un afecto nunca desmentido hácia su familia y hácia sus amigos, conservando inalterables muchas de sus relaciones de la infancia; una caridad sincera y sin ostentacion; un conjunto, en fin, de todas las cualidades morales que pueden ennoblecer y hacer fecunda una inteligencia colosal. . . . Pedid más para la inmortalidad, y se os tachará, con razon, de injustos y de ciegos.

¡Descansa en paz, Maestro venerado! ¡Descansa en paz, amigo sincero y leal! La Historia, en nombre de la Ciencia viene por nuestra mano á colocar sobre tus sienas la corona de la inmortalidad: tu nombre permanecerá siempre rodeado de la aureola de la verdadera gloria! Los progresos que te debimos permanecerán; la semilla que sembraste fructificará, y sus frutos aumentarán los timbres de tu gloria! ¡Descansa en paz: goza de tu recompensa!

GABINO BARREDA.

